

Poco antes de preparar esta segunda entrega, he leído ciertos textos que me han proporcionado pistas sobre lo que aquí quiero contar.

Primeramente quiero hablar, como ya hice en la anterior entrega, de las influencias o semejanzas que se pueden encontrar en mis poemas.

Estas semejanzas son en ocasiones buscadas, en cuyo caso pongo el verso o texto del que son deudoras. En otras ocasiones me dejo llevar por el sentimiento que, por ejemplo, me ha dejado impregnado la lectura de uno de los que considero mejores escritores actuales: Muñoz Molina.

Sin embargo hay un tercer grupo de influencias, para mi más gozosas, con las que la deuda es retroactiva, y que pese a haber escrito un poema sin que éste me delatase su fuente, al cabo del tiempo, leyendo, por ejemplo a Benedetti, descubro que yo hace tiempo escribí bajo la luz venidera de versos como: “porque tu boca es sangre” o “nuestro amor / fue desde siempre un niño muerto”. Si los leí antes es algo que ignoro, pero me gusta pensar que no fue así, que su escritura surge de un sentimiento común.

Es en estas ocasiones cuando más disfruto de haber escrito lo escrito, cuando logro lo que siempre he ansiado: convocar sin hablar, mostrar la interioridad, lo que es propiamente de uno y que, lejos de ser exclusivo, es patrimonio de todos.

Vayamos a otro poeta, a uno de los grandes, José Ángel Valente: “La palabra poética, la palabra del verso, es una palabra que no conlleva —al menos en el uso normal que le damos al término— ninguna información. La palabra poética no reconoce intencionalidad ni se sujeta a intención. No comunica propiamente, convoca.”

Y esto me lleva a lo segundo que quería contar. Escribir no es otra cosa que intentar llenar de magia la vida cotidiana, huir por unos gozosos instantes, de la mediocridad que nos envuelve y sentir, sin intención, sin propósito, simplemente convocando, el hilo que nos une aún con otra realidad, con otra vida que sabemos mejor, que en momentos, ante una sonrisa, ante una melodía o, quizá, ante un olor, vivimos como promesa que nos hace seguir avanzando.

He dejado para el final de esta recopilación —en la que he querido romper el tedioso orden cronológico— un poema que habla de ello, de la cuerda de Kafka que a un palmo del suelo nos muestra una vida que está con nosotros, pero que a la vez es otra, no llena de grandes acontecimientos, no a una gran altura, simplemente a un palmo de la realidad que nos hace ser espectadores de cosas verdaderamente importantes. Espectadores y, acaso, partícipes en alguno de sus actos... pero eso ya no es tarea del que escribe, sino de alguien mucho más dispar como es el que vive.

Invito, finalmente, a quien algo le digan estos poemas, a entablar una conversación con su [autor](#), pues doy fe que una las mayores alegrías que puedo tener es que alguien, tras leer algo mío, me regale algo suyo, un poema, un optimismo, una pregunta o incluso un miedo. Nada de esto es negativo, ni la tristeza, ni el miedo; lo negativo es la ausencia de comunicación —cuánto deberíamos hablar sobre ello y que poco lo hago, *tú* bien lo sabes—. En definitiva estoy planteando un “Canje”: el que nos propone en su poema un ser humano excepcional como es Mario Benedetti.

Canje

Es importante hacerlo

quiero que me relates
tu último optimismo
yo te ofrezco mi última
confianza

Aunque sea un trueque
mínimo

debemos cotejarnos
estás sola
estoy solo
por algo somos prójimos

la soledad también
puede ser
una llama

(Madrid, 16 de diciembre de 2001)

I

Quién dominará los vientos
y logrará, dios de los mares,
que la violencia de tus ojos dulces,
el azul de tu saliva soñada
y el temor de tus palabras no pronunciadas
emanen una única sal,
entonen un mismo canto.

Quién confesará que a ti te nombro
en esta sangre que ahora estás leyendo.

(Viaje Bilbao-Madrid, 27 de mayo de 2001)

II

Dónde acaba mi yo y dónde empieza mi negación
dónde mantengo lo dicho y dónde pese a lo dicho he de actuar
dónde comienza el amor y dónde empieza la obsesión
dónde puedo al final resistir y dónde debo al final sancionar.

Dónde primero la gente y dónde primero yo
dónde tu ternura es mi vida y dónde mi vida se va sin tu ternura
dónde tu luz me salva y dónde en tu luz me oculto
dónde tu cariño sin amor me hiere y dónde tu olvido me cura.

(Madrid, 6 de junio de 2001)

III

Brujo del olvido, atiende mi suplica.
Haz que su recuerdo no lacere mi alma
haz que su sonrisa sólo exista cuando esté presente
haz que su voz sólo sea su voz porque la oigo
haz que mis sueños no se habiten de falso perfume.

Diosa del amor, amaina el fuego en el que cueces ya la pócima.
Haz que el cariño sea cariño y no invención
haz que el recuerdo sólo sea si recuerdo es
haz que el amor exista sólo si amor recibo
haz que su risa no se apague, ni mi ilusión se llene de humo.

Mago de la música, compón sólo con acordes creados
exhala sólo melodías que reflejen lo que es
provócame las lágrimas de tristeza sólo cuando está venga
y déjame volar en tu alfombra mágica
cuando la nostalgia me aceche cual serpiente a ras de suelo.

Brujos, diosas y magos
habita mi soledad sólo cuando solo esté
y dejadme vivir, por una vez, la realidad tan bella como sea
tan triste como no ha de ser, o tan real
como en mis poemas nunca ha sido.

(Madrid, 16 de junio de 2001)

IV

Vuelen mis versos por el aire
y ocupen cada rincón del paisaje de tu cabeza.
Vuelen mis versos como polen
y germinen en tu cerebro
la semilla que el cariño prepare.
Vuelen mis versos y anuncien con palabras
y sobre todo con gestos
lo que a entregar he de atreverme.
Vuelen mis versos y sepan portar la verdad
sepan crearla en el traslado que va de mis dedos
a la inmensidad de tu cabeza llena de ideas
de tu cabeza llena sentimientos.
Vuelen mis versos y anuncien el 'te quiero'
que nacerá cuando el te quiero sea.

(Madrid, 17 de junio de 2001)

V

Tus labios, tu cara
y mi beso que no llega.
Tus labios, tu sonrisa
y mi miedo a la locura.
Tus labios, mi renuncia
y tu tedio que abandona.

(Madrid, 20 de agosto de 2001)

VI

Y en el final de nuestro camino
en el confín donde creímos vivir la dicha
en la estación término que soñábamos
—rutina de nostalgia engañosa—
estamos, sin remedio y sin misericordia
nosotros mismos
con un billete de ida.

(Madrid, 20 de agosto de 2001)

VII

Hasta el más necio de los necios
sabe que vivir no es sino un largo viaje.
Hasta el más sabio de los sabios
sabe que ha de comprar el billete sólo de ida.

(Madrid, 20 de agosto de 2001)

VIII

Sin percibirlo, va clausurando
partes de su vida que pensaba plenas.
Lo cotidiano se apaga.
En un instante conmemora cómo era
y cómo echa en falta lo que ya nunca será.
Pequeños gestos,
sonrisas gratuitas que ahora ya se cobran.
Conversaciones hondas que en la superficie renuncian.
Inquietudes vivas que van hallando una fiel rutina.

Sin poder evitarlo comprueba que la ilusión
se va alejando de la playa.
Sufre al saber
que ha de aguardar al próximo verano
y entonces coger el barco que arribe de nuevo a una sonrisa
y entonces tirar abajo todos los puentes
y entonces poder minorar su miedo en la piel del otro.

(Madrid, 11 de septiembre de 2001)

IX

El niño sabe que lo que hoy tiene
mañana desaparecerá.
Mira el juguete
mira el objeto deseado
y pese al cuidado
—o quizá por culpa del cuidado—
conoce ya su oscuridad.

¿Piensas que es caprichoso por ello?
Si es así, ciego eres.
Lo grave, lo terriblemente grave
es que siendo niño
haya aprendido la lección de su vida de adulto.

Ese niño que fue
canta ahora un poema
—este poema—
mas conoce ya que mañana
su brillo se hará mate...
mate amargo:
sin azúcar cebado.

(Madrid, 11 de septiembre de 2001)

X

Salir al mundo
con el olor del despertar
y encontrar de bruces
el olor de la noche.

Salir en busca de ti
y no hallar más que miedo
no encontrar tu voz,
no oír tu sonrisa.

Salir y, con todo, andar
transitar por las calles
recordando tu olor
recordándote en casa.

Salir y pensar que este lugar
por ti fue existido
recordar que esta calle
por nosotros fue vivida.

Salir y conjurarte
en medio de la violencia
buscarte tras el dolor
y encontrarte en el bello gesto
de alguien que sin pedirlo me sonrío.

(Madrid, 9 de junio de 2001)

XI

Déjame que me entregue, preciosa
por una vez a la imaginación sin trabas.
Déjame soñar tu pequeño cuerpo en mis manos.
Déjame recordar tus párpados cerrados
y tus labios, los de aquel día,
humedecidos de sudor
mirándome con la misma inteligencia
con la que tus ojos me interrogaban.

Déjame que te sueñe desnuda
que te vea tal cual eres,
que conozca tu piel,
que descubra tus puertas.
Déjame que imagine que te desnudas el alma
y que al fin conozca
acaso en una pequeña parte
lo que tu ternura me anuncia.
Déjame imaginarte, preciosa
déjame oír tu música mientras hacemos el amor
aunque pueda ser, quién sabe, que nunca lo hagamos.

Déjame, por una vez, borrar el escepticismo
abandonarme a la ilusión
y por un momento
no intentar adivinar lo que piensas
sólo actuar, sólo mirarte y besarte.
Déjame, preciosa, acariciar tu espalda ya conocida
tocar tu precioso pelo y llorar, temblar y llorar.
Llorar por alcanzar lo que nunca osé a soñar.
Llorar por oler todos tus rincones
por beber de todas tus fuentes y soñar que todo es
lo que mi imaginación ahora intenta crear.

Déjame soñar, crear, llorar, déjame desear.
Déjame pensarte como realmente eres.
Déjame todo esto o, por favor, no me dejes conocerte más.

(Madrid, 17 de junio de 2001)

XII

Escucha esto,
escucha lo que quisiera decirte
si ya te conociera.

He visto tu sonrisa
—allí—
he visto el brillo de tus ojos
—aquí—
he olido tu olor
—dentro de mí—
y me he estremecido
—en sueños—
con tu belleza desnuda.

Escúchame, por favor
por una vez quédate y escucha.
Te espero,
renuncio a quien no creo que seas,
pero a veces dudo.
Te espero,
pero de aguardar
se me va secando el alma.

Ya no sé dónde soy yo
y dónde mi vida se vacía.

(Madrid, 22 de agosto de 2001)

XIII

Me llegan noticias de la habitación:
la tierra vive de noche
pero es de día en el cielo.
El cuadro se obstina en mantener su posición.

Miro mi reloj y me informa a diario
que es medianoche en todo el mundo.
La ventana pertinaz advierte del invierno mudo
y el invierno desmiente, en un verano álgido, el calendario.

(Madrid, 28 de octubre de 2001)

XIV

Vienes a mi vestida de lágrimas
pero mis labios de piedra ya no empapan.

Vienes ahora que tu cuerpo se estremece
pero mi corazón ya no late en vida ajena.

Viene a mi tu llanto de lluvia deseada
pero las gotas caen ya sobre mojado.

Viene tu angustia que es la mía
pero mis ojos ciegan ya tu mirada.

Vienes a mi cuando ya no estoy
y es ahora cuando tu presente es de vida.

(El Puerto de Santa María, 2 de noviembre de 2001)

...

Animal lejano de presencia viva.
Añoranza a la ausencia previa.

Mujer que con ilusión suple
el daño de su compañía no vivida
el dolor árido de unos labios que miran
la ceguera luminosa de unos ojos que callan.

(Tallin, 20 de julio de 2001)

XVI

*“No quisiera un fracaso
en el sabio delito que es recordar”
Silvio Rodríguez*

No traspases esa línea, quédate ahí
no te abandones a la nostalgia
no construyas mariposas
que ayer sólo fueron humo.

Para, salta en marcha
bájate de este tren que ya parte
bájate en la estación y vive.
No recuerdes su ternura
no recuerdes su piel
no recuerdes sus labios
no recuerdes su recuerdo inventado.

Línea de policía, no traspasar.

(Madrid, 6 de junio de 2001)

XVII

Volar en una alfombra mágica
alcanzar de un soplo el reino del norte
y llegar a oler tu piel, a escuchar tu latido
a oír tu voz callada,
y, al fin, a vivir en tu risa sanadora.

(Madrid, 6 de junio de 2001)

XVIII

*“Ahora que nada es sagrado
ni, sobre mojado, llueve todavía (...)
Ahora que todos los cuentos
parecen el cuento de nunca empezar...”*
Joaquín Sabina

Y de pronto sin querer a querer vamos queriendo.

Y de pronto la música dibuja tu sonrisa
las palabras regresan sencillas
y las tristezas, las lágrimas y los problemas
se refugian en el invierno acaso venidero.

Y de pronto tu voz trasciende estas líneas
y se convierte en Tu voz
no en la voz por mí querida
no en los versos por mí llorados
se convierte simplemente en tu voz

Florece tus gestos
nace mi risa en tu risa.

Y de pronto todo se torna inservible
no existe nada a lo que asirme
ni a las caricias pasadas
ni a los falsos versos sangrados
ni a los poemas en que te anticipé
nada.

Ahora he de aprender
he de enfrentarme
a la inmensidad de lo nuevo
a la vida presente por vivir
a lo por descubrir
a lo por ganar
y acaso, —¡ay!—
a lo, día tras día, por merecer.

Y de pronto sin querer a querer vamos queriendo.

(Madrid, 31 de mayo de 2001)

XIX

Tengo el cerebro afónico de pensar tu sonrisa
las manos mudas de no tocar tu piel
los ojos sordos de no ver el aire en el que estás
y la memoria cansada de recordarte sin saberte.

Tengo el alma ronca de llorar por tu presencia
el cuerpo yermo de semillas expulsadas en la soledad de tu recuerdo
los pies inhóspitos de no habitar bajo tus sábanas
y los oídos ciegos de no oír tu silencio de hechicera.

Tengo el cerebro afónico de pensar tu sonrisa
tu voz.

(Madrid, 17 de mayo de 2001)

“The heart is where the music is”
Keith Jarrett

Notas blancas parten
surcando el silencio.
Se alejan de nuestra memoria
y tras de sí dejan minado
el aire de inefable aroma.

Estrellas fugaces son escoltadas
por aullidos suaves
voces inaudibles, naranjas
voces feraces.
Sones que escapan
de la corriente engendrada por el alma
concebida desde lo profundo de las entrañas
parida en las teclas del piano
y encauzada, sólo a tramos
por pedales incapaces.

Transitamos el silencio y lentamente
retornan viejas notas blancas ya sabidas.
Todos los caminos, las sendas y los silencios
todas las rutas y los flujos
y los aullidos naranjas
se reúnen en un paraje de tiempo.
El flujo de música
mana ahora de nuestros lacrimales.

Notas blancas parten
en pedazos el silencio
que más tarde habrán de recomponer.

(Madrid, 8 de mayo de 2001 - Tras escuchar ‘El Concierto de Colonia’)

XXI

Hay personas que veo todos los días
y su presencia me es del todo irreal
mi existencia prescinde de ellas.

Mas hay otras que en cambio
sin conocerlas
me marcan el camino con sutiles sugerencias.

Voy siendo
voy construyendo quedamente mi mundo.
Voy optando, viviendo según consejos
que no sé su origen,
que no conozco siquiera
si me son dados.

Y de pronto, arqueólogos inexistentes
me regalan su imagen sin anunciarlo
la imagen de alguien que perdí al poco de nacer.
Voy viviendo y su presencia va formándose.
No en un fantasma, acaso más en un faro invisible
un faro que busco por su luz
y en cambio
me guía por sus sonidos
por los recuerdos de las personas que le amaron
por los libros que leyó
por la imagen que en mi espejo va construyéndose.

Me miro hacia dentro e inconscientemente
me fundo en la persona
que él hubiera querido que fuera
en la persona que es en mí
sin traumas, sin complejos, simplemente
sigo el referente de alguien que con su ausencia
forjó en mí el cariño, la ternura trasmitida por otros
y acaso, la bondad
que su presencia en mi vida
me ha regalado.

(Madrid, 1 de mayo de 2001)

Vuelas y en invisible papel
te retrato.
Las palabras escritas intentan atraer
el recuerdo de tu olor desconocido.
Los libros enseñan
artificios con que continuarte.
De mi cerebro en lo profundo
escudriño dispositivos
o trampas que te aprisionen.

Por la noche
en el cielo de mi habitación
bosquejo el trazo de tu vuelo
y las estrellas se eclipsan
y en su lugar florece tu rastro.

Sería tan fácil
merecer tu altura.
Sí, sería tan fácil
si yo poseyera
las mismas alas que tú
para volar no precisas.
Sería tan fácil al fin
ser pájaro
y en tu trayectoria ser cercanía
y oler de mujer tu cuerpo
y al oído susurrarte:
enséñame a volar
o muéstrame el camino
para olvidarte

(Madrid, 1 de mayo de 2001)

XXIII

“A confusão que neste remoinho se teceu”
José Saramago

Es curioso, puedo recordar exactamente el día y la hora en que mis sentimientos, mi cuerpo y mi cerebro se estremecieron, al unísono, en un seco crujido.

Puedo recordar el momento justo en que empecé, o mejor, he empezado a recordarte con una rutina fiel, posible y exacta; rutina que su repetición se puede medir en minutos, en consecutivos instantes de imaginaciones, de diálogos repetidos y de minuciosa reconstrucción de tu sonrisa en el aire que frente a mí ahora no habita.

Con los años he ido aprendiendo incluso de lo que no es posible aprender, de lo que no hay repetición posible, de lo que me atrapa siempre a contramarea. Adquiero al menos la valentía de ir asumiendo mis propios sentimientos. Hoy, en la confusión, puedo cartografiar —algo es algo— *el desconcierto que en este remolino se tejió*.

Puedo expresar pocos sentimientos pero estos son para mí de la mayor importancia; puedo hablar de la curiosidad por conocerte, de la ilusión, de la alegría de saberte, de la felicidad de reír contigo. Puedo hablar de ternura no descubierta pero sí *obscenamente* sugerida; puedo hablar de la seriedad y del compromiso con los que me enfrento a mañana, no al mañana-futuro absurdo e inexistente, sino al mañana real, al día que vendrá después de este día que hoy vivo —vivo en el sentido real de estar vivo—.

Puedo razonar el desengaño, puedo anunciar la tristeza si todo se desvanece, puedo parapetarme para no recibir a la intemperie la verdad temida, si es que de verdad en verdad estamos hablando. Mas puedo decir que en el amor en el que creo no se habla de verdad, ya que es en sí no más que mentira, es toda una invención, o mucho mejor que eso: es una ilusión de hechiceros principiantes.

Es curioso, puedo recordar exactamente el día y la hora en que mis sentimientos, mi cuerpo y mi cerebro se estremecieron, al unísono, en un seco crujido.

Puedo eso y mucho más, pero todavía no puedo pronunciar aquí tu nombre, no puedo, en fin, escribirlo en estas líneas que ahora apago.

(Madrid, 3 de junio de 2001)

XXIV

Fue pasando la soledad,
perdón, la vida.
Fue pasando
y siempre “vendrá mañana”
lo que el mañana no regalaba,
no era el día.

Fueron pasando meses,
“no importa, será en la primavera”.
Fueron pasando los años,
“las falsas promesas de principio de año”.
Fueron pasando las ilusiones,
“esta vez no erraré, no me lanzaré sin red”.

Fue pasando la vida y aún hoy,
cuando ya nada espera,
una punzada le recorre el cerebro
si un olor le recuerda
que la vida puede ser de otra manera.

(Madrid, 12 de octubre de 2001)

Fue en ese tiempo
cuando los días eran 'estos días'
cuando Silvio cantaba
con el rigor de un notario
cómo el sol salía por tu rostro,
y cómo se ponía
mientras tus ojos se cerraban entre mis brazos.

Fue en ese tiempo
cuando las caricias germinaron
y me fundaron en lo que hoy soy.

Fue en ese tiempo
cuando cada beso, cada abrazo
me alimentó con la suficiente energía
para vivir el resto de 'estos días'.

Fue en ese tiempo
ayer mismo
cuando aprendí a querer
aprendí a ser lo mejor de mí
y supe que ser en otro
es mejor que ser mejor que otro.

Fue en ese tiempo
hoy mismo
cuando el futuro está abierto.
Cuando sé que el futuro será mañana
y pasado mañana
tan seguro como sé
que el futuro será contigo.

(Madrid, 23 de marzo de 2001)

XXVI

A José Hierro, con gratitud

Quién es éste que
esta mañana de sábado
mientras me afano por mantener
la vida dentro de un orden
me conmueve
me trasciende
me hace hablar en alto.

Tomo su cuaderno y recito
deletreo, pronuncio la vida de otro
el dolor de alguien lejano, ajeno
alguien que me habla en el lenguaje de mis sentimientos
me arrastra por el sofá y me dice:
«*para la música, escucha mi voz*».

Luego, me pone de pie
me busca la grabación precisa.
Oigo su voz
se parece mucho a la mía, pero no lo es.
Me lleva de la mano en busca de Handel
y me sigue leyendo
ahora sí, con mi voz en alto
como nunca antes lo había hecho.
Pronuncia sus palabras, sus sonos
y me eleva fuera de mí, y me hace llorar por dentro.

Quién es éste que
mientras pedía mesa para un restaurante
ha atado mi mente a sus versos
a la tinta que representa *sonidos domesticados*
sucesos del pasado
sucesos que nunca existieron
hasta que esta mañana
sin vivirlos
los he recordado.

Quién es este que
me habla del dolor pues, él lo sabe
no hay camino para hablar de la alegría.
Me habla de la muerte y con ello me da más vida.

Quién es éste que
por primera vez
me ha hecho disfrutar de algo que
desde hace años yo creía que era gozo
pero, hasta esta mañana, era no más que mentira.

Quién es éste que dándome su dolor
ha hecho olvidar el dolor

XXVI

que ayer mismo me regresó
que me atrajo otra vez
hacia el abismo de mi soledad.
Y hoy se me escapa
se anula en la convicción
de que éste que ahora canta debe exponerse
debe seguir abriéndose
debe seguir sufriendo, doliendo, *sobremuriendo*
para vivir, para ser intenso
para disfrutar con plenitud
para ser yo, sin más dolor que el dolor que ha de venir
sin menos alegría que la alegría merecida.

Quién es aquél que esta mañana
ha fundado en mí una mañana mágica.

(Madrid, 24 de marzo de 2001)

XXVII

De pronto, todo cuanto estaba
empieza a ser.
Surge de mi cabeza, regresa
los dedos pulsán rápidos las teclas
bajan al papel cuanto había en mi memoria.

Busco una explicación y no la hallo.
Todo se ha ido sedimentando
la música y las lecturas
el ansia y el temor
el cariño y el miedo.

El dolor, la alegría, la ilusión y la espera.
Sobre todo la espera
solo.
Esperar en el borde de la carretera
esperar en el descampado de arriba de mi casa
en las aulas frías del colegio
en la calle...

Espera
toda la infancia esperando
toda la juventud esperando
y todavía te espero.

Pero algo empieza a ser
algo se está asentando.

Las ciencias que un día estudié
me dirían que
el *estar* ha superado el cociente de saturación
y ha empezado a precipitar en el *ser*.

Mas esa misma ciencia
me educó en el escepticismo
me advirtió que lo que parece ser
puede no ser más que estar.

Sólo la imaginación permanece.
Sólo la imaginación
o lo que es lo mismo, la memoria.
Es ella quien ha de darme el ser.

Todo empieza a cobrar sentido
ya sólo me aguarda aprender a quererte.

(Madrid, 25 de marzo de 2001)

XXVIII

Que mis escritos no te invoquen
que mi conjuro no te haga real.

Desde este lugar
cercano de tu universo
invoco entre lágrimas
tu ausencia.
Busco entre libros
viejos hechizos.
Busco entre gritos
conjurar tu huida.

Que mis llantos no te convoquen
que mis escritos no te alcancen.

Mezclo las proporciones exactas
de sinceridad y de razón
y de tristeza para que el prodigio
te haga abandonar
mi existencia.

Que mi voz no te reclame,
que mis llantos no te alcancen.

Intento tomar
el camino de salida
y la puerta se aleja de mis pasos
como se acerca el presentimiento
de que tu figura me acompaña.

Que el cariño que por ti siento
desaparezca como tú has desaparecido.

(Madrid, 30 de marzo de 2001)

XXIX

Y estremecerte
como me estremece ahora
el recuerdo de lo por venir.

Y recorrerte con los labios
besándote, besándote, besándote.
Recorrer tus aristas, tus cuevas
perfilarte, buscarte e investigarte.

Y recordar, en la memoria de mañana
el renacer de mis dedos.
Parto asistido por tus manos
que me guían, que me mueven
que me impiden.

Escucharte: tu música, tus sonidos.
Posar el oído en tu pecho
y auscultar tu melodía
ahora calma, poco a poco
tormenta.

Y olerte, saberte y olerte, y olerte, y olerte.
Beber tus líquidos, buscar tus lágrimas
y disfrutar de tu sudor.

Y estremecerme con tu piel
estremecerme mientras tú entonas
con gemidos, la más bella de las canciones
la más elaborada de las sinfonías.

Y crearte. Y crearme.
Y nacer en la yema de mis dedos.
Nacer en tu piel, en tus axilas
en tu cuello, en el beso que ahora beso.
Verme en tus párpados cerrados
y en mis labios, ahora en ellos.

Y escucharte: tu respiración, tu respiración, tu respiración.
Ahora calma, poco a poco tormenta y otra vez
calma.

Y descubrir las regiones sólo imaginadas
y verlas con los mismos ojos que miro tus manos
tus brazos, y sentirlas tan tuyas como tu risa
tan limpias como tus lágrimas
sin un atisbo de pudor
sin un resquicio de reverencia.

Y mirar la luna en tu pecho
y emborracharme viendo doble.

XXIX

Y mirar, como en una antigua película
las sombras que forman tus contornos, tus confines
bajo las sábanas
y descubrirte otra vez con los dedos.

Y olvidar quién soy, quién eres
comprender que somos piel
y sudor, somos sonidos y dedos.

No hay amor, no existen palabras tan engrandecidas
no hay futuro, ni pasado, ni nombres.

No existe la noche que afuera
pugna por entrar
con sus extraños sonidos
con sus sirenas de ambulancia
con su lluvia monótona, con su sonido de oscuridad.

La luz surge de tu piel
retorna a mis ojos
la pintura de hace un minuto
de hace una eternidad
regresa tu imagen de pie, junto a la cama
cuando descubrías mundos de un color distinto
cuando liberabas tu realidad
y la marca donde el sol no había podido llegar
se iluminaba con la fuerza de los ojos que la descubrían.

Y volver, besándote
besándote, besándote.
Retomar el camino ascendente.
Y subir y llegar a tus labios,
beber tu saliva y crearte en la imaginación.

No hay futuro, ni pasado
no hay nombres.

(Madrid, 25 de marzo de 2001)

No surgen esas palabras.

No existen en estas hojas
señales como *rosas*, o *mariposas*
o *corazón* o, quizás, *amor*.

Palabras ridículas
si no se rellenan.
Palabras que sólo el alma
sabe tornar bellas.
Sólo la seguridad puede
expresar su fragilidad
y hacerlas plenas.

No aparecen.
No existen pues
quien las debería cantar
no sabe entonarlas
no sabe plasmarlas.
No aparecen y sin embargo
esperan en el refugio de mi mente.
Las poseo viviéndolas y algún día se crearán
se escribirán sin mi consentimiento.

Explotarán la risa y la sonrisa
como hoy toman al asalto estas líneas
lágrimas sólo escritas.

Quienes me conocen saben
que no alcanzo a llorar
de la misma manera
que no puedo recitar la alegría.

El día llegará en que esas lágrimas reales
surjan como surgirá la alegría poética.
La misma alegría que vivo todos los días
en este tiempo de incertidumbre y sosiego.
La misma alegría que me produce
el haber descubierto que llorar
puede darme la vida vivida.

(Madrid, 1 de abril de 2001)

XXXI

Cierro los ojos.

Cierro los ojos y esta mañana primaveral se desvanece.
Se apaga como la ciudad ahora postergada,
ciudad desertada en la que vivir,
por unos días,
se asemeja más a lo convocado como vida.

Cierro los ojos y Tom Waits sigue hablando para mí.
Con su áspera voz relata historias
de ciudades solitarias,
de noches frías,
de noches oscuras.
Pero si separo los párpados
el sol de esta mañana
desmiente la verdad que recita.

Cierro los ojos y retorna el recuerdo ayer por la noche.
Recuerdo de una cita fallida
de un encuentro con alguien lejano, extranjero.
Alguien que cenaba conmigo en la misma mesa
pero sus ojos me narraban una vida
fuera de la realidad
en la región fría de una tristeza
en la geografía del miedo a enfrentarse con el miedo.

Cierro los ojos y hago balance de estos últimos tiempos.
La ilusión parece que ha decidido refugiarse
aguardar para mejor ocasión
aguardar el encuentro ante unos ojos que brillen con alegría
unas pupilas que no narren nada
que sólo formulen sentimientos
y pueda, entonces sí, ver mi reflejo en ellas.

Cierro los ojos y sé que he de aguardar
sólo Hay esta mañana
sólo la música
antes la de María Dolores Pradera
ahora la del bardo de Nueva Jersey.

Miento. Hay algo más.
Toco con los dedos de la imaginación un libro:
Sefarad, su título
y palpo la humanidad de un escritor bueno
(*en todos los buenos sentidos de la palabra* bueno).
Mis lágrimas invisibles humedecen las hojas llenas de vida
llenas de vidas
de vidas rotas una y mil veces
pero, precisamente por ello
de las más humanas de las vidas humanas.

Vuelvo a mentir. Hay algo más.
Tu llamada de hace un momento
tu voz desde fuera de la ciudad
minutos cotidianos y a la vez mágicos
sonidos de mi vida real en una mañana imaginada.

Abro los ojos.

Abro los ojos y estas líneas, ahora grabadas
me recuerdan que mi vida es esto: sufrir y gozar
esperar y sobre todo sentir, escuchar el piano
y la guitarra y el saxofón y tu voz.

Llorar por las palabras leídas
aguardando a que sean
otra vez
palabras oídas.

(Madrid, 12 de abril de 2000)

XXXII

No sé si a ustedes les pasa
pero yo cuando escucho estoy como ausente
las palabras van habitando en las estancias de mi cerebro
y es luego
en la oscuridad de la cama fría
cuando salen de sus refugios
y me ensartan con sus puntas afiladas.
Lanzan saetas que en ocasiones
obran en mí la alegría que buscaban
y en ocasiones
me provocan la más infinita de las tristezas.

No sé si a ustedes les pasa
pero es en la oscuridad de la noche
solo
cuando quiero hablar
y decir lo que esas palabras forjaron en mí.
Mas ya es tarde
quien las emitió duerme en otra cama
en otra realidad
pensando
si es que acaso piensa en mí
que nada de lo que dijo me llegó.

Y sin embargo
no sé si también les pasa a ustedes
me llegó y se quedó
y moró en mi cerebro
como la más trascendental de las sentencias
como la más importante de las nimiedades
como lo único que ahora
al dar la vuelta a la almohada
existe en todo el universo.

(Madrid, 12 de abril de 2001)

XXXIII

*Empecinado,
busca lo sublime
en lo cotidiano.
("Por las paredes", Joan Manuel Serrat)*

Con el tiempo y sin saberlo
me descubro coleccionista de manías
de extravagancias propias
y de ajenos antojos.

Con el tiempo
y con tu ayuda
a mirar aprendo
y en lo trivial busco.

Con ojos de bibliófilo
que en una librería de viejo otea,
rebusco entre lo cotidiano mi presa.

Descubro, por ejemplo
alguien que coge un libro
y lo huele por entre sus páginas
y lo deja y toma otro
y de nuevo
la operación sensorial se repite.
Busca en el olor la anticipación
de lo que sus palabras de tinta encubren,
el olor de humano-papel de quien lo escribió
o quizá el olor, éste más intenso
de quien impúdicamente
se lo regaló.
Impúdico es regalar vidas ajenas.

Me observo ahora, mientras leo.
Mis ojos, de vez en vez,
se desvían de las letras y buscan el marcador de hojas.
Ha de estar siempre a la vista,
como si leer fuera una acción clandestina,
y si de súbito tuviera que ser interrumpida,
señalar por donde la dejé y disimular,
esconder las emociones que estaba leyendo,
las emociones que estaba viviendo.

Deambulo por la calle
y observo a quien conmigo camina.
Sus ojos están fijos en el suelo.
De manera imperceptible va dando saltitos
y cual si a la rayuela jugara
va evitando unas baldosas
buscando aterrizar en las otras
las de distinto color.

XXXIII

Me descubro al recoger
con la codicia del avaro
otros pequeños tesoros:
las coletillas verbales que tú repites
con monótona belleza
y que en boca de cualquier otro
me provocarían vergüenza.

Con el tiempo y sin saberlo
voy haciéndome con una gran colección
de cosas pequeñas y tontas.
Y al final de la jornada
y sin pensarlo
son ellas solas
la vida que ese día me ha regalado.

(Madrid, 13 de abril de 2001)

XXXIV

De noche.

El sonido de las ruedas
dibuja el pavimento.

Rozar el volumen
y subir la magia.

Antiguos dioses envidiarían
nuestro poder cotidiano.

Y de pronto
el silencio
sólo la música.

Los dos en el silencio
los dos en la música.

Las ruedas se deslizan sobre el pavimento
las almas se remontan sobre las notas.

Y de pronto
el silencio
sólo la música.

(Madrid, 14 de abril de 2001)

Dónde están los demás.
Río el esperpento
y luego la soledad
y luego el lamento.
Acaso no haya más.

(Madrid, 18 de abril de 2001)

XXXVI

*Gracias por bailar para mi
al bailar para nadie.*

El aire corre bajo tus pies.
Navegas, giras sobre un eje
que recorre tu cuerpo
que recorre tu alma.

La música suena
tu cara no me mira.
Sólo mira los sonidos
y danza y vuela,
y gira y danza.

El aire corre bajo tus pies
y yo, a ras de suelo, te subrayo.
Estoy fuera, no entro en tu mundo de baile.
Compartimos, quién lo diría
las mismas moléculas del aire
que nos envuelve
que te entrega las notas de la canción
que te sostiene en la danza.

Ya la música cesa
me miras como quien despierta del sueño
me sonrías en una mezcla de vergüenza y placer.

¡Qué fácil es citarse con la magia
cuando bailas cual si nadie te mirara!

(Madrid, 21 de abril de 2001)

XXXVII

*Para Cristina V.,
aunque no sepa escribirlo en portugués.*

En pequeñas hojas de cuaderno
en pequeñas hojas elegidas con cuidado.

En pequeñas hojas se escriben trozos de vida
en pequeñas hojas en blanco se regala la vida por vivir.

En pequeñas hojas me regalas poemas
en pequeñas hojas de papel manchado me das las gracias.

En pequeñas hojas te contesto con un: 'gracias'
en pequeñas hojas, o en grandes, nos contamos en voz baja la vida.

En pequeñas hojas se busca la amistad
en pequeñas hojas se halla a un amigo.

(Madrid, 21 de abril de 2001)

XXXVIII

Estamos rodeados
mi querido amigo
por todas partes
los no-hombres habitan cada rincón
de esta malgastada ciudad.

Estamos rodeados
mi querido amigo
por gente que vende su vida por dos reales
vida pagada a cambio de su propia inanidad.

Ya no es: nace-vive-muere
Ahora es como siempre ha sido:
nace-trabaja-muere.

Estamos rodeados
mi querido amigo.
Si tuvieras tiempo para contarme
si yo tuviera acaso tiempo para escucharte
hablaríamos de otras cosas:
del olor, de la sonrisa, del silencio
de la música, de sus ojos en la madrugada.

Hablaríamos del viaje
de salir al alba
del despertar aun con el olor de las sábanas en un tren
de coger la mano de quien nos acompaña
y seguir soñando.

Si el tiempo nos perteneciera
hablaríamos de ti
de tus sueños, de tus dudas y miedos
de tus entrañas
de lo que me das sin pedir
de lo que tenemos sin saberlo.

Si rompiéramos el cerco
y tumbáramos los muros de la ciudad
y entráramos cual victorioso ejército de hombres
viviríamos durante ciertos segundos
—ciertos por verdaderos—
que la vida es, como siempre habría de haber sido:
nace-vive-muere.

(Madrid, 22 de abril de 2001)

XXXIX

El asidero al que cómodamente nos aferramos desaparece
y en nuestro cerebro se desgarran las más fuertes de las certezas.
De súbito, sin el presagio que siempre suponemos en lo grave
la violencia explota en nuestro mundo
y el olor a primavera de hace unos segundos
se pierde como el más lejano de los olvidos.

Asistimos, siquiera como espectadores
a la depredación de los hombres y nuestra sangre se urge
nuestro mundo se tambalea y conscientes de ello
lloramos ante nuestra fragilidad.
Sobreviene un soplo y todo se desvanece.

Todo: los largos días de fundación
la construcción pausada del cariño
la formación paciente de nuestra persona
la voluntad del aprender, del saber
todo, el amor pasional y el amor-amor
los errores que nos enseñaron el camino.

La violencia nos despoja de nuestro ser,
el olor cotidiano es sustituido por olores extraños.
Se nos desaloja a empellones del calor de la cama
se yergue una barrera entre nuestros recuerdos
y el olvido imposible de lo que ansiamos abandonar.

Asisto impotente a una escena para muchos trivial
una discusión por algo fútil
—la observo de lejos, desde el parapeto de los cristales del coche
huelo el olor del quebranto en medio de una calle no imaginaria.
Mi mundo permanece aún indemne
la música suena con la ilusión de normalidad
y lo que veo, de momento, no sucede dentro los confines de mi universo—
Afuera presagio que algo puede quebrarse
estoy en el antes y la parálisis me ordena no actuar, sólo contemplar.
Oigo gritos, insultos, oigo olores impuestos
y recuerdo lo por venir, el olor aséptico del hospital
el olor de alguien partido por esta violencia
ahora sólo escenificada, mas luego, sobre todo luego
recordada, arrepentida e irrevocable.

Asisto atónito a la violencia, dicen
figurada de las películas
y la desazón se agolpa en mis entrañas.
El comercio, la demanda adiestrada por la oferta
vende su basura en forma de representación.
Mas yo lo sé, nadie está actuando
se busca la fragilidad, se busca el quebranto
para poder llenar la figuración de esas vidas
previamente vaciadas, vidas listas para ser subastadas.

Vamos siendo más viejos, y así nos cuesta cada día más
la existencia humana se torna más y más quebradiza.
No hay sorpresa: es la historia de la Historia.

(Madrid, 29 de abril de 2001)

XXXIX

*“El camino verdadero pasa
por una cuerda que no está tendida en alto,
sino a un palmo del suelo” (Franz Kafka)*

En medio del pasillo una puerta se oculta
en medio de la calle una salida parece huir.
Pero basta un aroma, una melodía, un momento
y la magia irrumpe, se abre la puerta escondida.

Has de vivir la rutina, cuando ya no quedan viajes
y ser sin más, peregrino en lo velado.
Has de andar el aquí sabiéndote morador del allí
y poblar con palabras corrientes la esencia de las cosas.

Has de caminar a escasos centímetros del suelo,
y tratar de pasar desapercibido.
Has de vivir sin que los demás te sepan
preso de unos versos que no te pertenecen.

(Madrid, 30 de noviembre de 2001)